

Los críptidos: 1 – En busca del Kraken, 2 – En busca del olgoi-khorkhoi

Alexandre Moix

Ed. Marenostrom

La verdad es que estas novelas juveniles me han defraudado. Tampoco es que esperase gran cosa de unos textos que para ser comerciales en estos tiempos que corren debían argumentar la existencia real de monstruos terribles (¡qué tiempos aquellos del primer *Scooby Doo* en que todo lo extraño tenía una explicación convencional!) pero, al ser la primera serie centrada en una temática tan fascinante como la criptozoología, esperaba un poco más de rigor y otro mensaje algo distinto. Me explicaré.

Admito que apelando al requisito literario de “suspensión de la incredulidad” se nos enfrente a supuestos monstruos sin molestarse en diseñar una (por otro lado imposible) biología o ecología capaz de sustentarlos y hacerlos mínimamente creíbles. Pero sí sería de esperar un mayor cuidado en los detalles (por ejemplo, el primer ataque del Kraken tiene lugar en el Canal de la Mancha, pero los siguientes se trasladan en pocos días a cientos de kilómetros de distancia, por la necesidad argumental de situarse cerca de la base del equipo investigador) y en el grado de amenaza real que pueden llegar a representar, para no resultar incoherente. Según el autor, el Kraken es capaz de provocar terremotos de 7,5 grados de magnitud en la escala de Richter (¡!), liberando así

“una ingente cantidad de gases que podía ser peligrosa para el planeta”. No contento con ello, añade (p. 308):

¿Ha pensado usted los desastrosos efectos que la existencia del Kraken podría engendrar? (...) ¡Ni un solo pescador querría echarse al mar! ¡Los turistas desertarían de las playas! Los cargueros y los petroleros cambiarían de destino (...) ¡Os aseguro que si ningún barco pudiese navegar, la economía se hundiría! ¡Y la bancarota se extendería por todo el planeta!

Tanta hipérbole por un simple (y único) bicho de cincuenta metros que, al final, es aniquilado entre tres helicópteros, dos fragatas y un caza. ¡No hace falta ni una mísera bomba atómica, como en las películas de los años cincuenta!

Tampoco son admisibles, considerando el público al que van dirigidas, errores de bulto tan elementales como atribuir (p. 316) diez brazos a los pulpos y ocho a los calamares, cuando es al revés (aunque esto puede ser un fallo de traducción, me ha parecido advertir varios) o pretender que los detectores de ondas electromagnéticas permiten captar ondas sonoras.

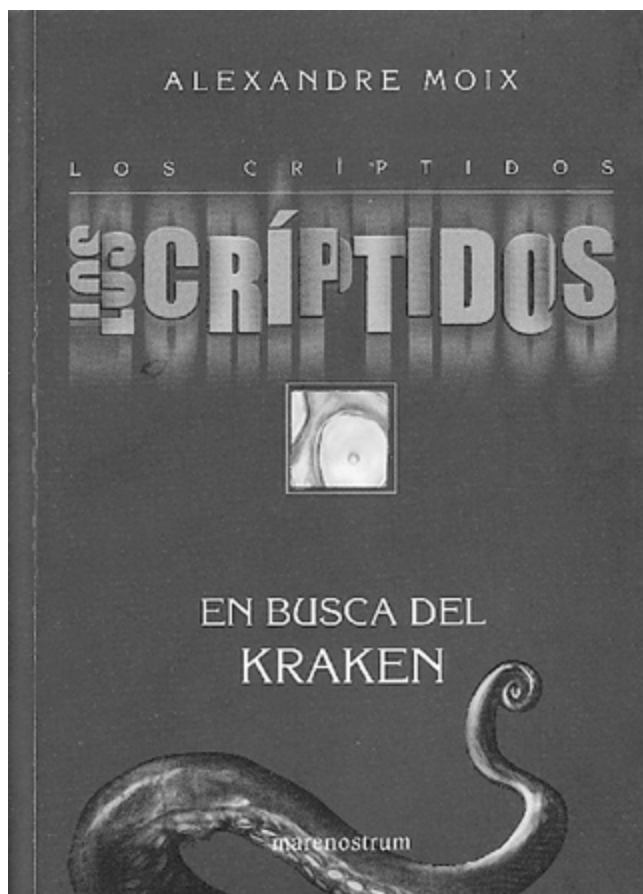
Pero lo peor aún está por llegar. Es un signo de los tiempos que, en vez de limitarse a una interesante novela de aventuras, el autor tenga que incluir algún tipo de conspiración (p. 309):

Por eso los gobiernos de los países costeros (...) no quieren que la presencia de una criatura así en los océanos llegue a saberse. Estos gobiernos tienen únicamente un solo objetivo: silenciar el asunto por todos los medios posibles (...) Una campaña de prensa falaz, organizada por los gobiernos y puesta en marcha por los periodistas a sueldo del poder ha empezado a propagar estos rumores (...) Se ha creado recientemente una célula especial de crisis (...) cuya finalidad es coordinar todos los servicios secretos (...) y poner en marcha misiones comando ultrasecretas que tienen como finalidad destruir sistemáticamente todas las pruebas que puedan afirmar la existencia del Kraken y eliminar pura y simplemente a todos los testigos de este asunto, así como a todos aquellos que puedan obstaculizar su camino.

Como era de esperar, con este truco argumental, nuestros protagonistas se encuentran siempre frustrados en su objetivo de obtener pruebas definitivas, pero sorprendentemente, el creciente reguero de cadáveres nunca los incluye a ellos, ni de lejos, pese a que están perfectamente identificados y localizados.

Curiosamente, en la segunda novela, el autor (francés, por más señas) abandona -¿de momento?- esa subtrama conspirativa y prefiere dedicarse a destruir famosos monumentos parisinos con una amenaza aún más disparatada. Pero no más que la nula reacción por parte de las autoridades ante los ataques. Éstos, como no podía ser de otra manera, solo son resueltos gracias a la intervención de nuestros protagonistas. Fijémonos por un momento en los nombres de los cuatro científicos que más sufren la cólera de esta criatura: René de Brok, Henri-Georges Brochard, Jean-Guillaume Budé, y Norbert Persinger. ¿A quiénes os recuerdan?

Como ejemplo evidente de la interrelación inevitable en-



tre todas las llamadas paraciencias, en esta entrega hacen su aparición los famosos discos extraterrestres de Baian-Kara-Oula y juega un papel clave en la resolución del misterio del espiritismo.

Pese a todo lo anterior, el principal motivo de mi rechazo a esta serie de novelas está en la descripción de los protagonistas escogidos, muy lejos desde luego del *Club de los Cinco* de Enyd Blyton y similares. Entiendo que los tiempos han cambiado, pero no me agrada que el autor no tenga nunca palabras amables hacia sus protagonistas, cuyos únicos puntos favorables son, apenas, sus “super-poderes” específicos.

Se trata de tres hermanos y una prima acogida en la familia tras la terrible muerte de sus padres (el típico secreto que se nos va revelando en pequeñas dosis a lo largo de los relatos). Sus relaciones, por decir algo, son siempre a base de enfrentamientos y gritos (EN MAYÚSCULA) y muy raramente trabajan como un equipo. Son todas habilidades personales, diseñadas demasiado a medida. La prima, Adèle, aporta el elemento emotivo, porque encuentra su primer amor; aparte es políglota y ello, asociado a una edad que la permite hacerse pasar por adulta, facilita al autor poder desplazar por toda Europa a sus protagonistas menores de edad, sin mayores problemas (ni siquiera de dinero). Entre los chicos, tenemos a Tom, al tópico sabelotodo y lector empedernido que será quien resuelva las claves y enigmas o aporte los datos científicos necesarios para avanzar la trama. Su hermano Boris, en cambio, solo sabe emplear el sarcasmo en sus discursos, aunque eso sí, es oportunamente un mago informático capaz de introducirse en los ordenadores y las redes informáticas más sofisticadas. La otra chica, Bea, es una glotona con sobrepeso, pero capaz de abrir cualquier cerradura o falsificar cualquier documento imaginable. Además, es la dueña del quinto miembro del equipo: *Nono* un suricato demasiado inteligente, por decirlo con palabras suaves.

En conclusión, una oportunidad desperdiciada. ¡Y el tercer volumen está dedicado al Chupacabras!

Luis R. González

Hombres y dioses en la picota.

H. L. Mencken

Granica Editor. Buenos Aires, 1972

Henry Louis Mencken es un autor casi maldito en el panorama literario norteamericano de entreguerras.

Escribió en los principales diarios de su país, fustigando costumbres y supersticiones, y lanzando a diestro y siniestro los latigazos de sus frases contra los charlatanes de la época que tanto abundaban (y que, desgraciadamente, tanto abundan) por esas tierras de ignorancia y fanatismo.

Tema principal de sus acerados artículos fueron, como no podía ser de otra manera, las creencias religiosas lo cual, automáticamente, le convirtió en el punto de mira y de animadversión de las personas biempensantes y conservadoras de los Estados Unidos que sentía en sus carnes los dardos del periodista.

Con un ingenio mordaz y sarcástico, heredero de Mark Twain y Ambrose Bierce, y remontándonos en la historia, de los ilustres Swift y Voltaire, escribió páginas llenas de ácido humor, cual ortiga dolorosa, contra muchas de las más queri-

das y entrañables costumbres de esa enorme nación.

Pesimista como Jonathan Swift, su sonrisa es amarga. No participa de la benevolencia de Twain ni tampoco, todo hay que decirlo, está a la altura literaria de estos ilustres escritores. Pero es un dignísimo periodista cuyos vuelos quedan “reducidos” a las hojas sueltas de los diarios de la época pero que todavía se lee con gusto y que casi tres cuartos de siglo después sus comentarios y estocadas están en plena vigencia.

¡Qué enemigo más poderoso debe ser la superstición, la Hidra de las cien cabezas, que ha sabido sobrevivir a tantos y tantos genios de la literatura! Pero no olvidemos que este enemigo lo tenemos dentro de nosotros: es nuestra propia naturaleza. Lo normal debe ser la superstición, que es lo fácil e inmediato, lo difícil y costoso es la ciencia y la racionalidad, edificio construido por unos pocos que hay que cuidar constantemente. Como esos palacios construidos en la selva, al menor descuido, son enterrados de nuevo por la fronda y desaparecen.

Volvamos a Mencken.

Diríamos para simplificar que Mencken está a medio camino entre un Martin Gardner, luchador infatigable contra los mesías de las nuevas religiones y un Jonathan Swift que, como chorro de vitriolo rebajado con la calidad literaria, satirizó a todo lo establecido en su época.

Hombre rompedor y a contracorriente a quien, por eso mismo, se ha tratado de ocultar y enterrar por los estamentos oficiales. Las ediciones de sus artículos son escasas y bastante difíciles de rastrear.

Es gracioso sin embargo que el primer contacto que tuve con este escritor fuese en el montón desordenado de libros que, a modo de saldo, se vendían en una gran superficie, cual bragas o calcetines se tratara. Mi inveterada afición a la lectura hizo que ojeara algunos de ellos, y - ¡oh milagro! - mis ojos se detuvieron el sugestivo título de uno en concreto, de autor desconocido (hasta el momento) *Prontuario de la estupidez humana*. ¿Cómo podía resistirme a tomarlo entre mis manos, abrirlo y ojearlo? Lo poco que leí en esa improvisada sala de lectura no me dejó indiferente; antes al contrario conectó con muchas de mis inquietudes consuetudinarias y lo compré al precio de saldo que marcaba.

Cuando por fin, al cabo de un tiempo lo leí al completo, Mencken pasó a ser autor prioritario y buscado por las librerías de lance. No fue fácil conseguir éste que estamos comentando, pues como digo, sobre el bueno de Henry Louis Mencken se ha tratado de extender como una sábana de silencio que ocultase sus críticas sobre las religiones de todas clases y pelajes. Solo se le encuentra en ediciones a cargo de editoriales marginales y de claro signo progresista.

Ésta que nos ocupa es la recopilación de artículos que se fueron publicando a lo largo de su carrera (nació en 1880 y murió en 1956), y que llevan como común denominador el ataque a las religiones, supersticiones y otras “costumbres de mal vivir”.

Hay en el libro pasajes deliciosos llenos de ingenio de la mejor ley y dignas de repetirse como en labradas en piedra.

Mencken tiene razón, la Humanidad es en su conjunto estúpida, acomodaticia y abocada al más rotundo fracaso a no ser por unos, muy pocos, que enderezan el rumbo de esta nave de locos. El hombre como especie hace tiempo que habría desaparecido devorada por otros animales más capaces, a no ser por esos pocos que van aportando lo justo para se-

guir en este planeta rodeados de peligros sin fin.

Esas pocas personas son los científicos (en toda la enorme extensión de esta palabra), y otras pocas de buen juicio que admiten los consejos de ellos.

El dios que, según los deístas, hizo este universo, ese dios todopoderoso, creador de las estrellas gigantes rojas, de los lejanos quásares, de los agujeros negros, de las fantásticas galaxias, de ese universo que nos anonada y nos maravilla... ese dios que, como sutil relojero, ajustó todas las piezas ¡qué digo al milímetro! ¡al cuántum! Ese dios digo, debió sentirse terriblemente cansado tras el colosal parto y debió delegar el mantenimiento de la gran obra a diosecillos, inferiores en categoría, que se vieron abrumados por tanta responsabilidad y todo comenzó a hacer aguas y a fallar lamentablemente.

Como el jefe que delega en subsecretarios.

Y estos dioses menores o personal contratado y subalterno, como digo, no estuvieron a la altura de la monumental obra. Basta dar un vistazo a nuestro alrededor y ver el desastre por doquier. Claramente se les va de las manos y no dan abasto.

Cual torpes fontaneros, los desagües y tuberías, ya viejas y mohosas seguramente están para cambiar, pero ¿quién las cambia, dónde está Dios?

Ese Dios grande, el de verdad, el poderoso, está desaparecido y no se le encuentra. Las exclamaciones, exhortaciones, las incluso imprecaciones, los rezos y alabanzas, en fin, el griterío que sale de este pequeño planeta y que exhala la

doliente humanidad se pierde en el vacío. Él, el grande, el poderoso, sigue en su lejano y desconocido mundo, ajeno a todo. Y los pequeños diosecillos, en su ímproba tarea de hacer chapuzas aquí y allá, no tienen tiempo de acudir a las llamadas. Como los bomberos en el terremoto de San Francisco que incapaces de dominar los varios incendios, optaron por acabar con todo quemando la totalidad de la ciudad.

¿Pero podía ser de otra manera? ¿Quiénes somos, qué es eso que llamamos pomposamente Humanidad? ¿Qué derecho tenemos a que se nos trate como algo distinto a, por ejemplo, un vencejo o una comadreja?

Según Mencken en una graciosa metáfora, la Humanidad es una enfermedad, una costra, un desecho de la Creación. Al igual que el herrero al forjar sudoroso una pieza de hierro, expende en su alrededor un arco de chispas brillantes y fugaces, a las que por otra parte, no presta la menor atención pues su interés está en lo que tiene entre las manos, es decir lo principal, asimismo a Dios en su Creación, Dios el verdadero, el todopoderoso (no confundir con el diosecillo subalterno), en su gran obra también se produjeron unas chispas fugaces, como excrecencia o subproducto, indignas de cualquier atención: ese accidente, esa morralla es lo que nosotros llamamos Humanidad.

Admitamos por lo tanto que la Creación se ha degradado. Se ha subcontratado en exceso. El gran arquitecto hizo el diseño: Bien. O casi Bien. Mas, incapaz de descender a los pequeños detalles, por no querer o no saber, o por cansancio, o por ¡yo qué sé!, delegó en otras pequeñas compañías que a su vez lo hicieron en otras más pequeñas y así hasta el simple albañil o peón caminero.

Estas subcontratas cada vez de peor calidad ha hecho que lo que nos rodea vaya de mal en peor y de vez en cuando se nos venga el mundo encima.

Volviendo al libro que nos ocupa diremos que al ser recopilación de artículos distantes entre sí en tiempo y lugar, hay repeticiones frecuentes de ideas y conceptos. Pero da igual. El libro es estimulante, es aire fresco que entra por las ventanas que abre a los horizontes y da nuevas perspectivas al ya muy manoseado tema de las religiones y otras supersticiones cuyos argumentos en pro y en contra ya están casi agotados.

Desde ese punto de vista siempre he sostenido que hace más mella en el adversario una pulla bien puesta, una carcajada a tiempo que muchas tesis doctorales. Al fin y al cabo se lucha contra un fantasma hecho de humo. Más fácil es disolverlo con el aire exhalado por una oportuna cuchufleta que con el sesudo golpeteo del martillo académico.

José Luis Gracia Baranguá

The Yes Men

Andy Bichlbaum, Mike Bonanno, Bob Spunkmeyer.

Traducción de Gemma Galdón

Editorial El Viejo Topo

Uno de los aspectos más interesantes que plantea el estudio del triunfo mediático y social de las pseudociencias es el del nivel de análisis crítico que puede encontrarse la colectividad. Lo que los estudiosos de los clásicos conocerían como *autos epha* o *ipse dixit* (algo así como “es verdad porque lo ha dicho él” o, como decía el inmortal Tip “cuatro



por cinco lo que diga ese señor, que es una autoridad”) es una constante cuando *él* se expresa en los medios de comunicación, en foros académicos de todo tipo o, simplemente, ostenta una posición de importancia. Si lo dice la tele, será verdad; si se hace un curso universitario, será verdad; si lo dice esa persona, que es la que se encarga, solamente puede ser cierto. Ejemplos de este hecho los vemos prácticamente todos los días, y en el campo de las pseudociencias hemos tenido muestras siempre recurrentes en la periódica proliferación de joyas y demás complementos con virtudes salutíferas tan increíbles como falsas. El libro *The Yes Men* cuenta las experiencias de un par de simpáticos caraduras que, impersonando a representantes de entidades como la Organización Mundial del Comercio o McDonald’s, perpetraron por todo el mundo una serie de surrealistas conferencias donde presentaban propuestas que, llamadas a escandalizar a la audiencia, eran recibidas con la preocupante sumisión de una mayoría que no se cuestionaba lo que allí se les presentaba. Andy Bichlbaum y Mike Bonnano, artífices de una serie de iniciativas que han molestado profundamente a las entidades y personalidades parodiadas cuentan en un tono entrañable pero preocupado cómo solo en determinados foros la exposición de ciertas iniciativas donde se penetraba profundamente en lo escatológico generó puntuales muestras de escepticismo o directa oposición.

Centradas en las consecuencias que genera un sistema económico excesivamente liberalizado, las andanzas de un puñado de pícaros que, con todo, han logrado llamar la atención sobre el escaso nivel de pensamiento crítico que presenta la sociedad actual. Cuando tenemos acceso constante

a nuevas fuentes de información y a un variado conjunto de medios de comunicación ¿por qué mantenemos la tendencia a creer, en lugar de sustituirla por la de comprobar y contrastar? Es la pregunta que surge inevitablemente después de finiquitar las improvisadas memorias de este par de sinvergüenzas.

Luis J. Capote Pérez

Tomás Becket. El santo político

Frank Barlow

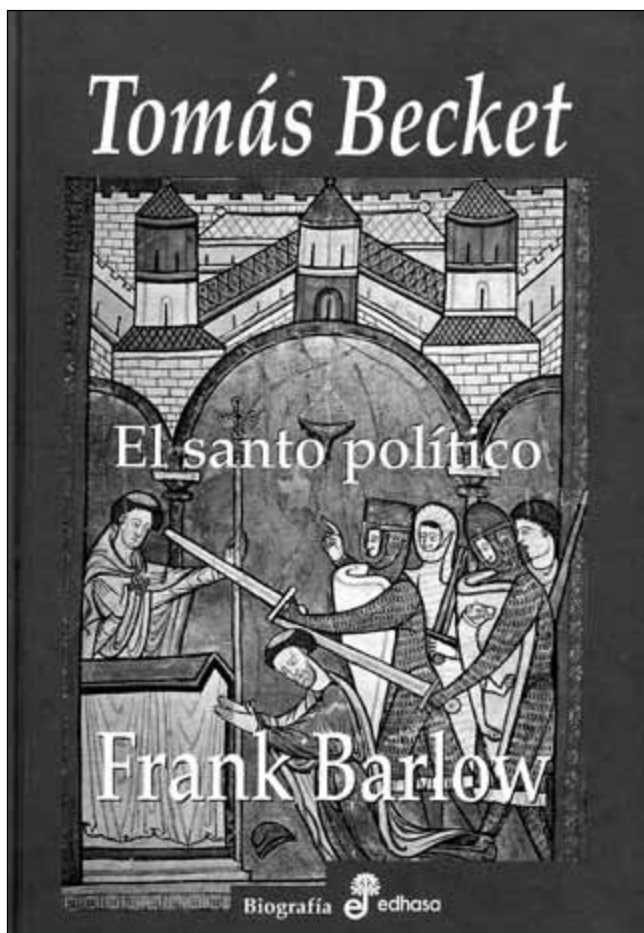
Editorial Edhasa

Las relaciones entre el poder religioso y el poder político constituyen uno de los aspectos más interesantes y controvertidos del estudio del pasado y del presente de las organizaciones políticas y estatales. Si tomamos como ejemplo el caso de España, cada cierto tiempo salta de nuevo a los medios la situación de las relaciones entre las confesiones (especialmente, la Iglesia Católica) y el Estado, derivadas de esa situación jurídicamente tan peculiar que es la aconfesionalidad. El debate entre religión y laicidad está presente en el ámbito de las instituciones públicas, por lo que siempre resulta de interés echar una mirada al tratamiento de tan peliaguda cuestión en otros tiempos y lugares. Pocas vidas resultan tan instructivas en este campo como la de Tomás Becket.

Becket reunió en su persona dos condiciones que le situaron, primero a la cabeza del poder civil y luego a la de la jerarquía eclesiástica en la Inglaterra del siglo XII. Fue primero canciller del rey Enrique II y más tarde Arzobispo de Canterbury. Su relación con el monarca inglés se balanceó entre la amistad más íntima y la enemistad más enconada, siendo reflejo de las complejas relaciones que se planteaban entre unos monarcas que deseaban tener a la iglesia bajo su control y un Papado que pretendía supeditar el poder real al eclesiástico. La contradicción inherente a tener que servir a dos señores tan contrapuestos se concentró en la persona de un Tomás Becket que fue percibido por la iglesia inglesa como un peón de Enrique Plantagenet en su seno; pero que luego, al asumir todas las implicaciones de su cargo arzobispal, hubo de sufrir las iras de su regio amigo. La historia de sus andanzas desde ese momento (que incluyeron destierros, reconciliaciones, una muerte violenta y una canonización en medio del fervor popular) fue idealizada, llegando a las salas de cine en una memorable cinta protagonizada por Richard Burton y Peter O’Toole. Becket es presentado como un mártir del deber frente a los abusos del poder, pero la historia, como relata Frank Barlow, es más compleja.

El autor reconstruye a través de las fuentes a su alcance toda la vida del santo político, empezando por sus oscuros orígenes y pasando por su etapa de profunda amistad y camaradería con Enrique II. La parte central de la obra la constituye, como no podía ser de otra forma, el complejo juego de ajedrez en el que monarca y arzobispo se embarcaron y en el cual jugaron importantes papeles el clero insular (buena parte del cual era hostil a Becket), el rey de Francia (señor y adversario de su colega inglés) y el Papado (debatido entre la protección a un servidor problemático y la oposición de una testa coronada). Barlow dibuja a un Becket mucho me-





nos ideal y bastante más humano, consecuente con su papel como cabeza eclesiástica pero no tan consciente de la verdadera extensión de su poder como tal.

La obra, en definitiva, es altamente recomendable para cualquier persona interesada en el tema general de las relaciones entre poder civil e instituciones religiosas, así como en el conocimiento sobre las mismas durante el medievo. Lamentablemente, la calidad de la edición española presenta fallos inconcebibles en una obra de estas características. Así, es una pena que aparezcan en el texto palabras como *prevooste* o *hurdieron* que resultan particularmente dolorosas de leer en una obra de estas características y que reflejan lo mal que va el negocio últimamente.

Luis J. Capote Pérez

Cartas a Eugenia.

Barón de Holbach

Editorial Laetoli. 2011. 215 pp.

Cuando se descubrieron los campos de exterminio al final de la Segunda Guerra Mundial, y lo bien organizado que éstos estaban, muchos historiadores culparon a la Ilustración de haber propiciado semejante monstruosidades. Especialmente desde los escritos de Adorno y Horkheimer, se adelantó la noción de que el proyecto de la Ilustración, con su enaltecimiento de la razón, terminó por contribuir a la mecanización del mundo, a tal punto que los seres humanos dejaron de sentir emociones, y empezaron a tratar a sus se-

mejantes como máquinas.

Desde entonces, lamentablemente, este discurso ha penetrado la academia, y entre los académicos de hoy existe algún temor de ser identificado como un heredero de la Ilustración. Suele verse en Voltaire, Hume, Kant o Diderot personajes ingenuos que, con su distanciamiento de la irracionalidad, terminaron por sentar las bases para las atrocidades del siglo XX.

Es hora de escapar a ese hechizo antiilustrado. Las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial no se debieron al exceso de Ilustración, sino más bien a la falta de ella. Ciertamente hubo en los campos de la muerte técnicas racionalmente eficientes de exterminio, pero no por ello la racionalidad es la culpable de semejante monstruosidad. En todo caso, se trató de una empresa sumamente irracional que se valió de algunos medios racionales. Si se hubiese asumido de pleno la Ilustración, se hubiese comprendido que ejecutar a seis millones de personas por motivos raciales es sumamente absurdo.

Pues bien, la editorial Laetoli se ha propuesto recuperar las obras del Siglo de las Luces, en su colección "Los ilustrados". La presente obra, *Cartas a Eugenia*, del barón de Holbach, forma parte de esta colección.

Si bien la Ilustración se alejó de los dogmatismos de la religión institucionalizada, no asumió plenamente el ateísmo. Antes bien, la Ilustración fue fundamentalmente un proyecto deísta. Voltaire, el más emblemático de los ilustrados, se burlaba de la religión popular y de la fe, pero aceptaba que, por medio del empleo de la razón, podríamos aceptar la existencia de un dios creador que puso en marcha el universo. En otras palabras, Voltaire y los deístas rechazaban la teología revelada, pero aceptaban la teología natural.

Pero, hubo algunas excepciones entre los ilustrados. Hume, por ejemplo, señalaba las deficiencias de las pruebas tradicionales a favor de la existencia de Dios, pero con todo, no se atrevía a negar la existencia de Dios. Holbach es uno de los pocos ilustrados que es abiertamente ateo.

Cartas a Eugenia es un conjunto de epístolas dirigidas a una mujer inteligente, pero que toma la decisión de retirarse a una vida monástica por motivos religiosos. Holbach le dirige doce cartas, en las cuales va adelantando argumentos en contra de las creencias religiosas. Al final logra su cometido, y Eugenia desiste de abrazar la vida monástica.

Quizás el argumento que más reluce en estas cartas es aquel que señala la desvinculación entre la moral y la religión. Siempre ha existido la preocupación de que la creencia en Dios es necesaria para sostener la moral. Esta idea ha sido célebremente recapitulada por ese gran personaje de Dostoyevski, Ivan Karamzov, en su repetida frase: *Si Dios no existe, todo está permitido*. Pero Holbach trata de demostrar que esto es falso asumiendo una ética hedonista y egoísta: todos buscamos el placer propio, y para conseguir nuestra propia felicidad, debemos buscar la felicidad de los demás. Por eso, no es necesario que Dios exista para que el ser humano se adhiera al bien.

Como Epicuro, Helvetius y Hobbes, Holbach propone una ética basada en algo así como el *egoísmo ilustrado*. No hay necesidad de renunciar a los placeres de la vida; de hecho, debemos buscarlos intensamente. Por supuesto, debemos saber calcular cuáles son los placeres que más nos convienen. Inyectarse heroína podría parecer inmediatamente placen-

Holbach Cartas a Eugenia

PRESERVATIVO CONTRA LOS PREJUICIOS



tero, pero sus efectos posteriores son tan dañinos, que no vale la pena perseguir ese placer. De la misma manera, para buscar nuestra felicidad duradera y a largo plazo, debemos cooperar con los demás y buscar la felicidad de los otros.

También dirige Holbach argumentos en contra de la vida después de la muerte, la misma coherencia del concepto de Dios, el pacifismo cristiano, la exaltación del sufrimiento; y también señala el modo en que la religión ha servido para que los gobiernos ejerzan control sobre los ciudadanos (algo así como un antecedente de *la religión es el opio del pueblo* de Marx).

En la historia de la filosofía, Holbach ocupa un segundo plano frente a gigantes como Voltaire, Rousseau o Diderot. Pero, irónicamente, es probablemente el más actual. Hoy han generado mucha discusión los llamados *cuatro jinetes del apocalipsis* del ateísmo angloparlante, Richard Dawkins, Daniel Dennett, Sam Harris y Christopher Hitchens, con sendas obras que atacan frontalmente, no solo a la religión institucionalizada, sino a las creencias religiosas en general. Pues bien, muchos de los argumentos de estos autores ya fueron expuestos por Holbach de forma muy elocuente.

Y adelantándose a su época, Holbach ha venido a ser célebre por tratar uno de los problemas más difíciles de toda la historia de la filosofía: el libre albedrío. Mucho más que por sus críticas a Dios y la religión, Holbach es conocido por su crítica al libre albedrío (en realidad no se ocupa sustancialmente de este tema en *Cartas a Eugenia*, pero sí lo hace en el *Sistema de la naturaleza*). En adelante a los famosos

experimentos de Benjamin Libet en el siglo XX, Holbach postula que no tenemos libre albedrío. Pues, así como la naturaleza es una gran máquina regida por secuencias causales, nuestra conducta no escapa a este patrón. Todos nuestros pensamientos y acciones están determinados por la actividad del cerebro, y en vista de que no existe el alma como una entidad inmaterial que permita escapar a esta determinación, no podemos considerarnos propiamente *libres*.

La postura de Holbach vendría a ser llamada hoy determinismo duro o determinismo incompatibilista. Pero esta postura ha sido criticada por varios filósofos que, con todo, aceptan el determinismo. Uno de los grandes ateos de la actualidad, Daniel Dennett, ha escrito varios libros a favor del *compatibilismo*, la postura que señala que, en efecto, somos determinados, pero con todo, podemos considerarnos *libres*, pues esa determinación procede de nuestro fuero interno, y no de un agente foráneo.

En definitiva, *Cartas a Eugenia*, y la obra de Holbach en general, es una contribución sumamente pertinente para la discusión de dos de los grandes temas que han vuelto a resurgir en el tapete respecto a las creencias religiosas: dios y el libre albedrío. Por otra parte, los hispanos hemos quedado un poco acomplejados, pues siempre ha existido la opinión de que las grandes obras de la Ilustración se escribieron en francés e inglés, mientras que en castellano se escribían más bien apologías de la Inquisición y del fanatismo religioso. Por ello, para superar este complejo, sería estimable que, en un futuro, la colección *Los ilustrados* de Laetoli, incorpore a figuras como Jovellanos o Miranda.

Gabriel Andrade

Las manchas del leopardo.

Brian Goodwin

Tusquets, 1998. 308 páginas.

Título original: How the leopard change its spots.

Traducción: Ambrosio García Leal.

A veces uno lee cosas con las que está básicamente de acuerdo, pero la manera de explicarlo del autor hace que solo te salten pegas. Te produce la sensación curiosa de estar atacando tus propias ideas por culpa de otro. Algo así me ha pasado con este libro.

La premisa básica es que los genes no lo explican todo. Los organismos se mueven en un entorno que determina la posible funcionalidad de los mismos, así que en muchas ocasiones un gen se limita a dar unas instrucciones cuyo resultado sufrirá muchas variaciones dependiendo de como se desarrolle.

Hoy en día, con el genoma de muchas especies completamente secuenciado y con la epigenética en auge, es algo que se da básicamente por supuesto. Las instrucciones del ADN no solo se complementan con las restricciones físicas, también hay genes que se activan o no dependiendo de las células de la madre, los recursos disponibles, etcétera.

En este aspecto podemos decir que el autor tenía razón hace ya 13 años. Sin embargo, las razones que expone no son convincentes y, en algunos casos, incluso son bastante criticables. Llega a afirmar lo siguiente:

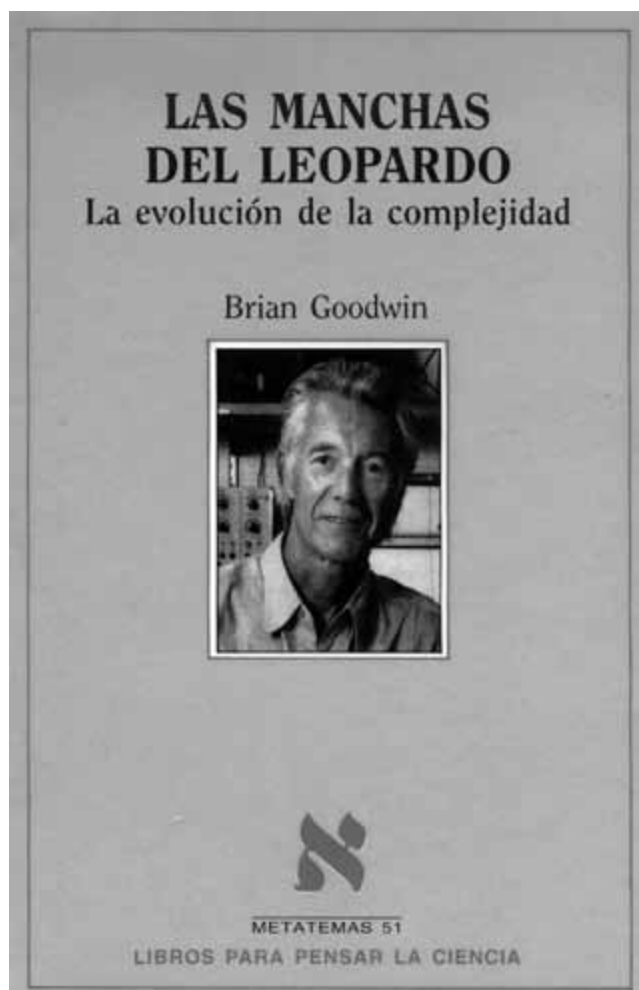
Los nuevos tipos de organismos simplemente irrumpen en

la escena evolutiva, persisten durante periodos de tiempo variables y luego se extinguen. Así pues, el supuesto darwiniano de que el árbol de la vida es consecuencia de la acumulación gradual de pequeñas diferencias hereditarias no parece estar sustentado por una evidencia significativa. Algún otro proceso debe ser el responsable de las propiedades emergentes de la vida, los rasgos distintivos que separan un grupo de organismos de otro —peces y anfibios, gusanos e insectos, colas de caballo y gramíneas—. Queda claro que falta algo. La teoría de Darwin parece ser válida para la evolución a pequeña escala: puede explicar las variaciones y adaptaciones intraespecíficas responsables del ajuste fino de las variedades a los diferentes hábitats. Pero las diferencias morfológicas a gran escala entre los tipos orgánicos, que son el fundamento de los sistemas de clasificación biológicos, parecen requerir otro principio distinto de la selección natural que opera sobre pequeñas variaciones, algún proceso que haga surgir formas orgánicas claramente diferenciadas. El problema es cómo surgen las estructuras orgánicas innovadoras, el orden evolutivo emergente, que ha sido siempre un foco de atención primario en biología.

No es el primero en criticar a Darwin, ni será el último, pero no da muchos argumentos para desconfiar del mecanismo aceptado de la evolución.

Si a esto le sumamos un tonillo de *vender la moto*, el total nos deja un libro que defiende cosas correctas por los motivos equivocados y que, aun siendo interesante de leer, deja bastante que desear.

Juan Pablo Fuentes



REVISTA 2010 www.puntoque.net